

1/6

1.1-225

EL SILBO DEL MAL DE AUSENCIA



Pedro te llamas, Pedro, pena mía.
 Pedro me llamo, y ¡ojalá lo fuera!:
 ¡ay, piedra del barranco y la laderna
 de esta joven y vieja serranía
 siempre pasada y siempre venidera!
 No sería esta llaga
 sin curación, amor, sin ti, posible,
 que reconcome el corazón y estraga,
 cuanto más contemplada más terrible.

Todo lo puede un fuego propagado.
 Dolido voy de zaga
 del aire y el garado,
 con el alicañamiento de la alaga
 y con la delgadez de mi arado.

Más triste que un carretero degollado,
 de la dolencia voy y la dolencia,
 por la dolencia y por la sierra arriba.
 ¡Ay, cuánta selección sin la presencia
 de tu compañía, nieve decisiva!
 ¡Ay, cuánta luna y cuánto pasareo!

Con una sencillez sin competencia
 sabe el Señor que sufro, como he,
 este tenaz deseo
 de ver la paz serena de tu frente,
 cuya serenidad no hay quien discuta,
 pero sí quien evita tercamente:
 la ausencia, esa hi de puta.

Voy por la luz hirsuta
 sobre el imán del precipicio esbelto,
 y suicido suspiros y pesares
 limitado y envuelto
 por los altos silencios ejemplares.
 Me asaltan a millares
 el cardo rósil y el espino denso;
 y espino soy que embiste.
 y cardo que ardo solo si te pienso.





174 2
En este monte inmenso,
que nadie, si no es yo, cuida y asiste,
¡ay!, tanto en tu memoria me entrometo
que sólo salgo de ella aempujones.

Yo no soy yo, que yo soy mi esqueleto.
Tan flaco me he quedado
por tí, que, mis calzones,
buscando mi cintura,
cuerpo abajo se van casi vacíos.
¿De qué me sirve lo que Dios me ha dado
de hombre a mí, criatura,
si a tí no puedo dedicar mis bríos?

¡Ay, mundos y vacantes miembros míos!

De menos echo, amor, cada momento,
el perfil exquisito de tu cara,
el cristal destilado de tu asento
y tu cintura de florida vara.

Cada canción, balido, espíritu, viento,
me boquiabreca una línea larga y ardua.
Me adamo en esta solitaria viuda,
a lo que tú no sabes desahucio.

Si viéndote muris de contento,
no viéndote no vivo de penado.

¡Qué baldío me veo,
sobre la para piedra el cuerpo echado,
sobre todo a la hora del sesteo!

Me visto por los pies ¿con qué motivo?
¿Con qué objeto soy hombre?
¿Por qué me llamo Pedro y sin tí vivo?
¡Ay, apártate un poco que me asombre!

Eres como palmera en lontananza,
que se la mira y ¡ay! no sé la alcanza.

Como muere, doliéndose, el cordero
destetado sin madre ni asistencia,



1/8³
así de esta dolencia
de no verte estoy viendo que me muero.

La gracia es del cabrero,
como el cuerno la gracia de la cabra,
la femenina y dulce compañía.

¡Ay, qué monomaniá
por boquiabrir el pico a tu palabra
cuando ella el corazón me boquiabra!

Amargamente voy de la ladera
de la Ruda al barranco
de los Baladres, ¡ay, qué amargamente!,
con mi ceño la luz mengosando
y aumentando la náusea.

Di: ¿cuándo casarás la luz solitaria
de mi ojo y veledia?
¿Cuándo este agua de riervo cojitrancó
del compás de tus pies irá pendiente?
¿Cuándo, amor, armonizarás
como rosa de alfileres con abejas,
la más honesta y delicada rosa,
me agraciarás el gesto,
como le agracia el gesto a las abejas
un pasto bien picado y bien dispuerto?
¿Cuándo vendrás a dónde te demandó?
¡Ay! ¿Cuándo será el día de este cuándo?
¡Ay! ¿Cuándo será el cuándo de este día?

Ven, amor; y verás la anatomía
del cardo, el esqueleto de la pena,
la camisa sutil de la serpiente,
que de primor te enseñará lecciones;
la eternidad llagada de la vena
y el hilo inacabable de la fuente,
que tanta luz y tantas estaciones
tiene para conmigo;
la grama, ya redonda en el boñigo,
la estalactita tierna,
recóndito cariño de caverna.



a través de las piedras y las horas
filtrado lentamente;
pinos de piedras amenazadoras,
cada instante, de grandes cataclismos;
flores que se alimentan del relente,
águilas sobre abismos,
alacranes picudos, saltamontes
carpinteros y astrales,
y todo el cielo de los horizontes,
y toda la paciencia de mis males.

Ven, amor, que estas sienes
me vencerán mañana si hoy no vienes.

Esta mano alargada a la casicia
por el continuo trato de la honda,
sola se me malicia
y se desmolda y anda tierna y monda,
más tierna y monda en tanta concurrencia
crespa de piedra, soleada y espino.

¡Ay, entérgate al sol y la presencia,
que ella te jugará por el camino!

Más bonita que grana con relente,
veré la luz vibrada
que al pie de la ladera de tu frente
el sol particular de tu mirada
reparte del oriente al occidente.
Se alegrarán mis ojos de repente,
más lamentables, tristes y sin lumbre
que vueltos al contrario.

Me viene el mundo ancho en esta cumbre,
sin ti que me lo ajustas a diario.

Suspiros de matiz extraordinario
me ocupan las más horas de mi oficio.
Vendimiar el suspiro es mi ejercicio
del suspiro siguiente precisado;
y duermo con más pena y más cuidado
que si durmiera junto a un precipicio.



I/10
5

¡Ay, cállate, cayado,
y no me digas ya que fuiste apoyo
de aquel cristal fibrado
cuando saltaba el aire del arroyo!

Mi pensamiento siempre está en un hoyo:
el que la risa te hace,
y en él entierro vivos
¡cuántos deseos chivos
que no me dejan harto!;
y un requiem cat in pace
digo y hago una cruz de verde esparto,
y otra dolencia sale al sol, lagarto.

No sé cómo me queda resistencia
para seguir muriendo hasta otro día.

No me des con el cardo de la ausencia,
que el corazón me infieras de agonía.

¡Ay, qué nononanía!
No me des con la arista
del recuerdo del aire de tu vista!

Pedro me llamo, y como tal me obstino
por verte la nicada,
más alta que la nieve de piteña,
que no baja del monte para nada.
Al silencio la oreja izquierda inclino
por ver si siento el aire de tu pierna
subiendo en equilibrio la montaña.

¡Que sea mi soledad la de la cuerna
de la cabra: compañía!

Relumbra el vegetal de mi cabaña
en el alto crepúsculo serrano,
más sereno que un humo de verano.
Cabizbajo el rebaño paca y paca.
¡Ay, cuánta luna y qué templada hace!
Se para el aire, y queda
una crecación de vespertina seda.



I/M
6

Bala una oveja triste y malparida.
¡Cuánto, amor, cuánto siento en esta hora
de alicida luz y mundo inerte
el largo desamparo de mi vida
que tu ausencia demora
y la emoción divina de la muerte!

A medianoche el aire toca fuerte
en mi puerta de roble y mejorana
vuelta adrede hacia el lado de una estrella,
y digo: ¿quién?, con esperanza y gana
de que contestes: ¡abre, soy yo: ella!

Y me paso la vida deseando
en mi lecho, un atlántico de lana
sin la isla por, naufrago, amando.

Compañía buscando
anda por los cajones de la mesa
mi rústica cuchara.
Por tu aguja pregunta el agujero
de mi ropa montesa,
por tu atención mis manos y mi cara
llagadas por el frío del acero.

Como el pájaro escojo
el más alto lugar para mi pena
más atenta a tu ausencia que tu al ojo
de la aguja al pesar el hilo leve.
¡Cuánta ternura siento y desperdicio
a mano y alma llena
por la intratable rampa de la nieve
y la piedra mortal del precipicio!

Hazme, amor, el oficio
y la vida deleite;
el silencio una balsa con aceite,
la soledad pareja.
Acércate: despeja
tanta tormenta y tanto desamparo
y nutre me de gracia y de reposo.

Al pie de tus pestañas



I/12
icon qué afán le preparo
un beso clamoroso,
que va a partirle al eco las entrañas!

Quítame las velludas telarañas
que me impiden los ojos de los tuyos,
y enséñame la flor de los capullos
de tu voz destilando más dulzuras
que en la hora del crepúsculo un concierto
de cencerros de Almansa.

¡Ay, que sólo me alivia y me descansa
saber que tienen todas las criaturas
un ausente y un muerto!



